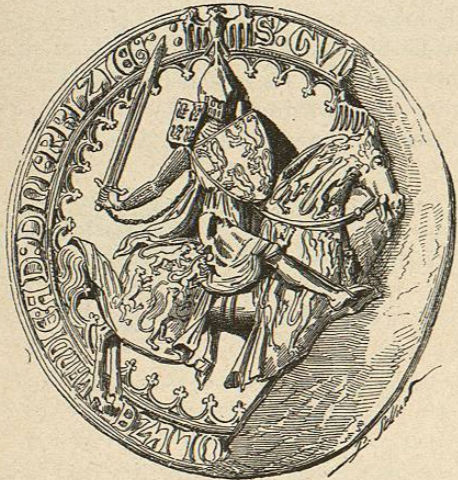


Omer y no regresaron hasta que la batalla estuvo ganada.

Inmediatamente cesó toda resistencia: Cassel fué incendiada, Ipres hubo de rendirse á discreción y el rey no entró en ella, sin duda para manifestar su desprecio, y luego hicieron su sumisión «los de Brujas.» Entretanto, «el rey consideró que el tiempo comenzaba á enfriarse,» y después de haber dado buenos y severos consejos al conde, cuya autoridad acababa de restablecer,



Sello del conde de Hainaut

licenció su ejército, devolvió la oriflama á Saint-Denis y fué recibido en París con grandes fiestas.

En Flandes el conde restableció el orden por el terror, pero Felipe VI se reservó para sí la mejor parte de las confiscaciones que se llevaron á cabo.

III.—El proceso de Roberto de Artois (1)

Sobrevino en aquel punto un incidente cuyas consecuencias habían de ser graves. «El hombre que más ayudó en el mundo al rey de Francia á lograr la corona, dice Juan le Bel, fué micer Roberto de Artois, uno de los más ilustres barones de Francia.» No habían transcurrido aún de ello dos años, y aquel príncipe tenía que habérselas con la justicia del rey.

(1) FUENTES.—«Archives nationales,» JJ. 20, *Le procès Messire Robert d'Artois*, copia auténtica en forma de registro; cada página de los ciento noventa y cinco folios está firmada por cinco notarios. Este curioso registro fué formado evidentemente con intención de justificar los rigores del procedimiento real; la primera información, favorable á Roberto de Artois, que llena los primeros folios, ha sido borrada.

OBRAS DE CONSULTA.—Leroux de Lincy, *Le Procès de Robert d'Artois*, «Revue de Paris,» VII y VIII, 1839. Kervyn de Lettenhove, *Le Procès de Robert d'Artois*, «Bulletin de l'Académie royale de Belgique,» segunda serie, X y XI, 1860-1861, y *Chroniques de Froissart*, XX, *Table historique*, vº ARTOIS, 1875. J. Richard, *Mahaut, comtesse d'Artois et de Bourgogne*, 1887. Moranville, *Guillaume du Breuil et Robert d'Artois*, «Bibliothèque de l'École des Chartes,» XLVIII, 1887. Lefrançois, *Robert III et le comté d'Artois au commencement du XIVº siècle*, «Positions de Mémoires présentés à la Faculté des Lettres de l'Université de Paris,» 1896.

(2) Roberto I, conde de Artois, hermano de Luis IX, muerto en la Mansurah en 1250.

| | | |
|---|---|--|
| Felipe de Artois, muerto en 1298. | Matilde, condesa de Artois, casa con Otón IV, conde de Borgoña. | Roberto, que falleció en la infancia. |
| Roberto de Artois, conde de Beaumont, casa con Juana de Valois. | Juana, casa con Felipe V el Magnánimo. | Blanca, casa con Carlos IV el Hermoso. |
| | Juana, casa con Eudo IV, duque de Borgoña. | Roberto, fallecido en 1317. |

Era Roberto bisnieto de Roberto I, á quien su padre el rey Luis VIII había dejado en dote el Artois; pero en 1302 este ducado había ido á parar, según la costumbre local, á poder de su tía madama Matilde (2).

Dos veces había reivindicado Roberto este condado: primero en 1308, cuando llegó á la mayor edad, y después en 1316, habiendo sido rechazada su reclamación por la Cámara de los pares. No le desanimaron, sin embargo, estos fracasos. Alentado por el advenimiento de Felipe VI, con cuya hermana habíase casado, Roberto de Artois dejóse arrastrar á toda suerte de prácticas misteriosas y criminales por una cuadrilla de intrigantes, dirigida por una mujer de dudosas costumbres, Juana de Divión, que había sido amiga y confidente del difunto Thierry de Hirecón, obispo de Arrás, consejero omnipotente de la condesa Matilde.

Roberto, con el concurso del célebre abogado Guillermo de Breuil, había pedido al solemne tribunal de Amiéns, ante el cual prestara homenaje Eduardo III, justicia contra el despojo de que se decía víctima, y en 7 de junio de 1329 el rey mandó abrir una información en la que cincuenta y cinco testigos sobornados por Juana de Divión declararon haber visto unos títulos que acreditaban indiscutiblemente los derechos de Roberto sobre el Artois. ¿Habían existido realmente estos títulos? ¿Madama Matilde los había hecho desaparecer de la arquilla en donde se pretendía que estaban guardados, destruyéndolos luego? Puntos son estos acerca de los cuales jamás se sabrá la verdad.

Abrióse ante el Parlamento el proceso de restitución del Artois, y Roberto presentó unos títulos fabricados por Juana de Divión, la cual había escrito el texto añadiéndole luego cordones y sellos arrancados de antiguos documentos. Madama Matilde requirió inmediatamente al rey para que decretara el embargo de aquellos títulos, petición que fué atendida, aplazando el asunto para otra sesión; pero Matilde, que en 23 de noviembre de 1329 se encontraba perfectamente y había comido con el rey, sintióse acometida dos días después de un mal desconocido y murió el día 27 del citado mes. Algunas semanas después moría también su hija y heredera, Juana de Borgoña, viuda de Felipe V. Con motivo de estas

muerdes hablóse de envenenamiento y se acusó á Roberto de Artois.

El rey de Francia mostrábase cada vez más hostil á Roberto, lo cual se explica teniendo en cuenta que Felipe VI estaba dominado por su esposa y que ésta era hermana del duque de Borgoña, heredero de Matilde y de Juana. Por otra parte, recogióse indicios graves contra el de Artois: los documentos ante el Parlamento presentados fueron considerados sospechosos, y por último, Juana de Divión, que había sido encarcelada, lo confesó todo refiriendo cómo se había procurado en Arrás letras del conde Roberto II, que le sirvieron para cometer la falsificación. Roberto, llamado ante Felipe VI, obstinóse en sostener la autenticidad de aquellos títulos; pero habiendo vuelto en 23 de marzo de

1331 el asunto al Parlamento, el de Artois, después de haber arrojado inútilmente el guante en prenda de batalla, vióse confundido, porque el abad de Cluny hizo saltar los sellos cuya legitimidad se discutía, y el rey en persona rasgó los documentos falsos.

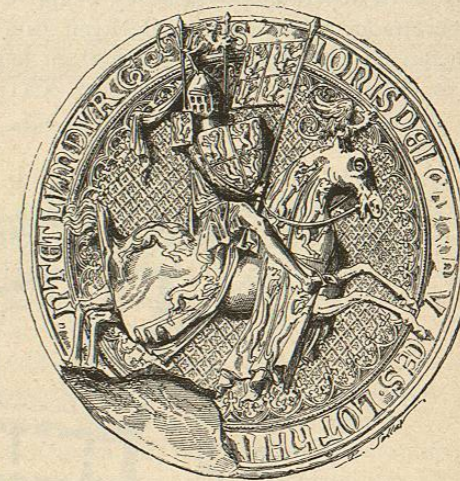
Los culpables fueron castigados con implacable rigor, siendo la Divión quemada viva en la plaza de los Pourceaux, en 6 de octubre de 1331. Comenzóse un proceso contra Roberto, que desde el día siguiente á la sesión del Parlamento había huído á sus dominios; pero cuando los alguaciles reales llegaron á Conches para notificarle la primera citación, ya no estaba allí, en vista de lo cual prendióse á su mujer, que, á pesar de ser hermana del rey, fué encerrada en el castillo Gaillard. Por cuatro veces fué citado el fugitivo; pero éste no compareció. En 8 de abril de 1332, en una asamblea plena que se celebró en el Louvre ante el rey de Bohemia, los príncipes de la sangre y nueve pares del reino, Felipe VI se levantó y decretó el destierro de Roberto y la confiscación de sus bienes; y Montjoie, heraldo de armas de Francia, rompió el escudo que ostentaba las armas del príncipe, mientras el rey se cubría la cara con las manos. Roberto de Artois se había refugiado en el Brabante, en donde vivió tres años oculto, pero siempre agitado, trastornada la razón y devorado por un odio feroz contra el rey, contra la reina y contra el primogénito del monarca, cuya muerte intentó por medio de prácticas de brujería. En vista de que el duque de Brabante se negaba á entregarlo, los príncipes de los Países Bajos, sus vecinos, organizaron una coalición contra él, hasta que al fin cedió el duque, cuyos dominios fueron talados dos veces. Roberto se encaminó á Inglaterra, en donde la reina Felipa de Hainaut primero, y Eduardo III después, le dispensaron excelente acogida, tratándole como pariente y como víctima. El proceso contra sus cómplices duró hasta 1335; y por último, en 1337, el rey le declaró reo de lesa majestad y enemigo mortal del rey y del reino. No tardaremos, en efecto, en verle obrar como enemigo mortal del monarca y del reino de Francia.

IV.—Política lejana (1)

En los primeros años de su reinado, Felipe VI tenía grandes proyectos, aunque un tanto vagos, y podía creer que contaba con poderosas alianzas.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—A. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1292 á 1378*, 1882. P. Fournier, *Le Royaume d'Arles et de Vienne*, 1891.

En todas partes parecía tener amigos: el conde de Saboya, el Delfín de Viennois y el duque de Lorena habían combatido con él en Cassel, y Roberto de Anjou, un Capeto, tío del rey de Francia, poseía el condado de Provenza y reinaba en Nápoles. Felipe de Valois, en su juventud, había ido á Italia para combatir en nombre del papa á los temibles tiranos gibelinos de Milán, los Visconti (2); pero después, seducido por el talento sutil de Galeas Visconti, trabó con su antiguo adversario



Sello del duque de Brabante

relaciones que el porvenir debía estrechar más. En el Norte, cuando trató de obligar al duque de Brabante á que abandonara á Roberto de Artois, había encontrado fácilmente el concurso del obispo de Lieja, del arzobispo de Colonia, del marqués de Juliers, del conde de Güeldres y de otros señores. El mismo duque de Brabante llegó á ser su aliado, y su primogénito casó con una francesa. En el mes de junio de 1332, Felipe VI veía reunidos á su alrededor en Royaulieu, cerca de Compiègne, á todos estos príncipes, «mil ochocientos caballeros, ricoshombres y otros de las partes de Alemania,» todos «demostrando gran contento,» y solicitó por ellos como árbitro, cabía la fortuna de apaciguar sus contiendas.

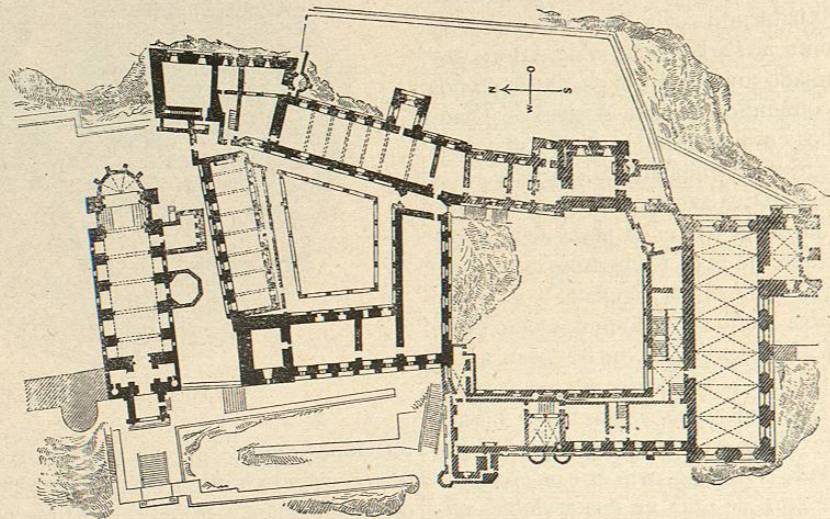
Felipe podía contar también con la alianza del papa: éste y el rey eran entonces vecinos; sólo el Ródano los separaba, pues Clemente V, temeroso de las turbulencias de la política italiana y ganoso de una existencia menos solemne y más tranquila, habíase ido á vivir, en marzo de 1309, á Aviñón, ciudad vasalla del conde de Provenza y enclavada en el condado de Venaissin, que pertenecía al papado. Aquella población, comparada con Roma, era un «nido de cornejas,» pero en cambio era una residencia apacible con agradables casas de campo en el Comtat. Además estaba situada junto á las grandes carreteras del Norte y del Mediodía, en tierra del Imperio, tocando á los dominios de la casa de Anjou, muy afecta al pontificado, cerca de Italia y á las puercas del reino de Francia. No parece, sin embargo, que Clemente V hubiese abrigado el propósito formal de

Du Puymaigre, *Jehan de Bohême en France*, «Revue des Questions historiques,» LII, 1892. T. Lindner, *Deutsche Geschichte unter den Habsburgern und den Luxemburgern*, I, 1888. Delaville-Léroux, *La France en Orient au XIVº siècle*, I, 1886.

(2) Véase pág. 325.

transferir la Sede pontificia fuera de Roma, y no creyó en modo alguno comprometer el porvenir cuando se instaló modestamente en el convento de los dominicos, cuyo magnífico claustro tanto le gustaba.

A su muerte, acaecida en 1314, los cardenales se dividieron en dos bandos para nombrarle sucesor: los italianos por un lado, y por otro los langüedocianos y los provenzales, pasaron más de dos años disputándose sin verificar la elección, y fué preciso que el conde de Poitiers, que pocos días después era el rey Felipe V, los tuviera encerrados en un convento de Lyon, para que se decidieran, en 7 de agosto de 1316, á elegir papa á un francés, el cual tomó el nombre de Juan XXII. El



Plano del palacio de los papas en Aviñón

nuevo pontífice se hizo coronar en tierras del rey de Francia, en Lyon, y demostró su celo por la nación francesa en sus tres primeras promociones de cardenales, en 1316, en 1320 y en 1327, en las cuales creó veinte cardenales franceses; y para dar gusto al rey de Francia se estableció de una manera estable á orillas del Ródano. Juan XXII, que había sido obispo de Aviñón, quiso hacer de esta ciudad una nueva Roma, y habiéndose instalado en el castillo episcopal, dió comienzo á importantes obras de arquitectura y de pintura, restaurando y ensanchando los templos de la población y embelleciendo los castillos pontificales del Comtat (1).

Vecino el papa del rey de Francia, establecióse entre ambos un cambio de buenos servicios: el monarca obtenía del pontífice cuantos nombramientos de cardenales y obispos quería, colaciones de beneficios para sus protegidos y con mucha regularidad diezmos muy lucrativos sobre las rentas del clero; y Juan XXII, á su vez, esperaba el apoyo del rey en las encarnizadas luchas que en aquella sazón sostenía contra Luis de Baviera en Alemania, y contra el partido gibelino en el Norte de Italia. Así comenzó «la cautividad de Aviñón», que puso al papado bajo el poder del rey de Francia y que había de ser causa de tantos desórdenes en la Iglesia.

Muy estrecha parecía también la amistad entre el rey de Francia y la casa de Luxemburgo, que poseía el reino

(1) Faucón, *Les Arts à la cour d'Avignon sous Clément V et Jean XXII*, «Melanges d'archéologie et d'histoire de l'École de Rome», 1884.

de Bohemia y que había avanzado ya hasta el imperio. El emperador Enrique VII había sido un príncipe enteramente francés (2); su hijo, Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, había asistido á la coronación del rey de Francia Carlos IV, con quien casó su hermana María en 1322; el rey Juan había enviado á París á su hijo Wenceslao para que aprendiera maneras corteses, y Wenceslao se quedó allí, se desposó con la hermana de Felipe de Valois, y aun trocó su nombre por el de Carlos, que era el que llevaba el rey de Francia. El advenimiento de los Valois estrechó aún más estas relaciones amistosas entre ambas casas, y el rey Juan de Bohemia asistió á la coronación de Felipe VI, á la jornada

de Cassel, á la condenación de Roberto de Artois y á la ceremonia del homenaje prestado por Eduardo III, como si hubiese sido el testigo indispensable de todos los grandes sucesos del nuevo reinado. Ambos reyes tenían los mismos gustos: al igual que Felipe VI, el rey de Bohemia era caballeresco y fastuoso, «el más noble y gentil en prodigalidad de cuantos en aquel tiempo reinaban.» Pero como su patrimonio era mediocre y su reino de Bohemia nada le producía, acudía con mucha frecuencia á la bolsa ajena y era muy mal pagador, lo cual no impedía que su ambición no tuviera límites. Villani le llama *il Boemino povero di moneta e cupido di signoria*, «el Bohemio pobre de dinero y ávido de señorío.» Estaba dotado de grandísima imaginación, tenía siempre en la cabeza algún vasto proyecto y en marcha alguna negociación quimérica. Hasta su muerte debía permanecer fiel á Felipe VI.

Hubiérase podido creer que estas relaciones y alianzas arrastrarían la política de Felipe VI del lado de Italia ó de Alemania. En 1330, el rey, como si quisiera intervenir activamente en los asuntos italianos, se hizo otorgar por el papa el derecho de ocupar Parma, Módena y Reggio; además estaba en correspondencia con las principales ciudades lombardas. Algunos años después compró á Juan de Bohemia la ciudad y señorío de Lucca; quizás pensaba, como cree Villani, establecerse en Italia. Entretanto, dejóse atraer por un instante en una de aquellas hermosas combinaciones que con tanta

(2) Véase pág. 335.

fruición bosquejaba el ingenio fecundo del rey de Bohemia, y según la cual Felipe debía recibir el reino de Arlés como precio del concurso que prestaría á Juan para conquistar la corona imperial. Mas ninguno de estos proyectos tuvo consecuencias prácticas, pues la imaginación del rey de Francia no tardó en saltar por encima del reino de Arlés y de las llanuras lombardas, para soñar, como sus predecesores, con una cruzada.

A ella se preparaba desde 1330. A principios del invierno de 1331, Pedro de la Palu, patriarca de Jerusalén, de regreso de una embajada cerca del soldán de Egipto, emocionó profundamente al rey y á su corte con el relato de las miserias de los cristianos y de la obstinación del soldán. Todos los que le escucharon estuvieron «de acuerdo para ir al otro lado del mar á fin de reconquistar la Tierra Santa.» El papa tomó el asunto por su cuenta y comenzó la predicación.

Felipe VI, dando el ejemplo, recibió la cruz en Melún en 25 de julio de 1332; y en 2 de octubre celebró una gran asamblea de prelados, de nobles y de diputados de las ciudades, en la cual anunció su próxima partida y organizó la regencia. Un año después, en 1.º de octubre de 1333, en el Pré-aux-Clercs, Pedro Roger, arzobispo de Ruán, predicó de nuevo, subido en un gran catafalco, «el santo viaje de ultramar.» Algunos señores se cruzaron, pero no tantos como se había creído; la gente se acordaba de que había sido «escaldada,» y muchos temían «que los sermones que se hacían en nombre de la Cruz fueran hechos por dinero.»

Entretanto, hacíanse preparativos al parecer muy importantes. Los gastos de la expedición estaban asegurados con los diezmos eclesiásticos y con varias rentas de la Iglesia afectas á la cruzada, debiendo ser este dinero puesto en lugar seguro y cuidadosamente guardado, respecto de lo cual hizo el rey de Francia las más solemnes promesas; enviáronse subsidios al rey de Armenia; solicitóse del rey de Inglaterra que se uniese á la cruzada; el emperador Luis de Baviera y el rey de Hungría prometieron facilitar el paso por sus tierras; entabláronse negociaciones con Venecia; Felipe VI fué nombrado, en 11 de noviembre de 1333, por el papa generalísimo de las tropas cruzadas; un dominico alemán, Brocard, le dedicó un plan de cruzada en latín, que Juan de Vignai tradujo al francés; y mientras Guido de Vigevano describía las máquinas, puentes y buques necesarios para la guerra santa, partían misiones para Oriente; Pedro de Asnières iba á Chipre y á la corte del rey de Armenia; Juan de Marigni, obispo de Beauvais, llevaba al soldán cartas de desafío; Juan de Chepoi comenzaba á reconocer el camino con algunas galeras y se reunían grandes aprovisionamientos en las costas del Mediterráneo.

Nunca pareció más asegurada la cruzada que en 1336, cuando Felipe VI fué á Aviñón á visitar al papa Benedicto XII, que acababa de suceder á Juan XXII. El rey había viajado muy lentamente «para divertirse y distraerse» y «para aprender á conocer sus ciudades, sus villas, sus castillos y á los nobles de su reino.» Con él iban los reyes de Navarra y de Bohemia, y á Aviñón llegaron también los de Aragón y de Sicilia. Aquella conferencia de reyes duró hasta fines de cuaresma, y el Viernes Santo el papa predicó «el digno sufrimiento de Nuestro Señor y recomendó el viaje de la Cruz.» El rey

de Francia, al salir de Aviñón, fué á Marsella para ver sus barcos; pero allí debía terminar aquella gran cruzada: desde últimos de 1336 otros asuntos más cercanos reclamaron la atención del monarca; iba á comenzar la guerra inglesa.

CAPITULO II

EL REY Y EL REINO DE FRANCIA.—EL REY Y EL REINO DE INGLATERRA

I. Felipe VI. El poder real. El ejército.—II. Estado económico del reino.—III. Eduardo III. Inglaterra. El ejército inglés.

I.—Felipe VI. El poder real. El ejército (1)

Antes de entrar en la narración de la guerra de Cien años, que originó una de las crisis más graves de nuestra historia, es preciso examinar qué espíritu y qué fuerzas aportaban á ella el rey Felipe y el reino de Francia por un lado, y por otro el rey Eduardo y el reino de Inglaterra.

Es difícil formarse una idea de Felipe VI en los comienzos de su reinado, durante aquellos años de paz y de vastos proyectos: en todo aquel período, sólo en raras circunstancias demostró el arrebató y la debilidad de carácter que tanto le reprocharon más adelante los cronistas. Petrarca dice que era muy ignorante y le tiene en poco aprecio; pero los juicios de Petrarca sobre Francia y sobre los franceses son sospechosos. El gusto por las obras del talento fué hereditario en los Valois: Felipe VI compraba libros que no eran todos devotos, puesto que en el número de ellos se encuentra un ejemplar de las fábulas de Ovidio; hizo además que un monje de Saint-Denis le compilara para su uso un manual de historia universal (2), y en 1333 prestó gran interés á las controversias que se sostuvieron acerca de la «visión beatífica,» opinión sutil que pretendía que las almas de los bienaventurados no ven á Dios cara á cara antes del juicio final, haciendo que dos veces discutieran en su presencia los partidarios y los adversarios de esa doctrina y manifestando su parecer al papa.

Felipe VI sentíase atraído hacia tales cuestiones, movido sin duda por su piedad. Los actos de los primeros años de su reinado están llenos de donaciones pías á los establecimientos religiosos, especialmente á los que se consagraban á obras de caridad; y lo mismo al partir para Flandes que á su regreso de aquel país multiplicó las devociones, afirmando el cronista de Saint-Denis que su celo excedía á todo cuanto se había visto hasta entonces. Era en extremo aficionado á las peregrinaciones; así en 1330, con motivo del nacimiento de un hijo, y en 1336, después de la curación de Juan, el heredero de la corona, fué á Marsella á orar junto á las

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Leclerc y Renán, *Discours sur l'état des lettres et des beaux-arts au XIV^e siècle*. («Histoire littéraire de la France,» XXIV), segunda edición, 1865. Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque nationale*, I, 1868. Viard, *La France sous Philippe de Valois*, «Revue des Questions historiques,» LIX, 1896, y *Un chapitre d'histoire administrative. Les ressources extraordinaires de la Royauté sous Philippe VI*, «Revue des Questions historiques,» XLIV, 1888. S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, 1876.

(2) Couderc, *Le Manuel d'histoire de Philippe VI*, «Etudes p'histoire du Moyen Age dédiés á G. Monod,» 1896.